

Parte izquierda del gran mural de la sala de la Independencia del Museo Nacional de Historia de México, por Juan O'Gorman. Se halla aquí representado el ambiente que prevalecía en Nueva España a finales del siglo XVIII. Virreyes y autoridades españolas por un lado, eclesiásticos por otro, y a los pies de todos ellos el pobre indígena.

La independencia de México

por E. DE LA TORRE VILLAR

La independencia de México, al igual que la de las restantes colonias españolas en América, obedece al desarrollo histórico del Imperio español y sus dependencias, y es el resultado de un proceso universal que afecta indefectiblemente, aun cuando en forma y tiempo diversos, a las potencias colonizadoras.

Si en los años que van de 1808 a 1821 ocurre el movimiento emancipador y es en ellos cuando se inicia y culmina, rompiendo un sistema político, social y económico y formas de vida muy características, sus orígenes son muy remotos. Se encuentran a lo largo del acontecer histórico mexicano desde la época de la conquista, que instauró una organización y creó unas estructuras muy ajenas a las existentes en el mundo precolombino.

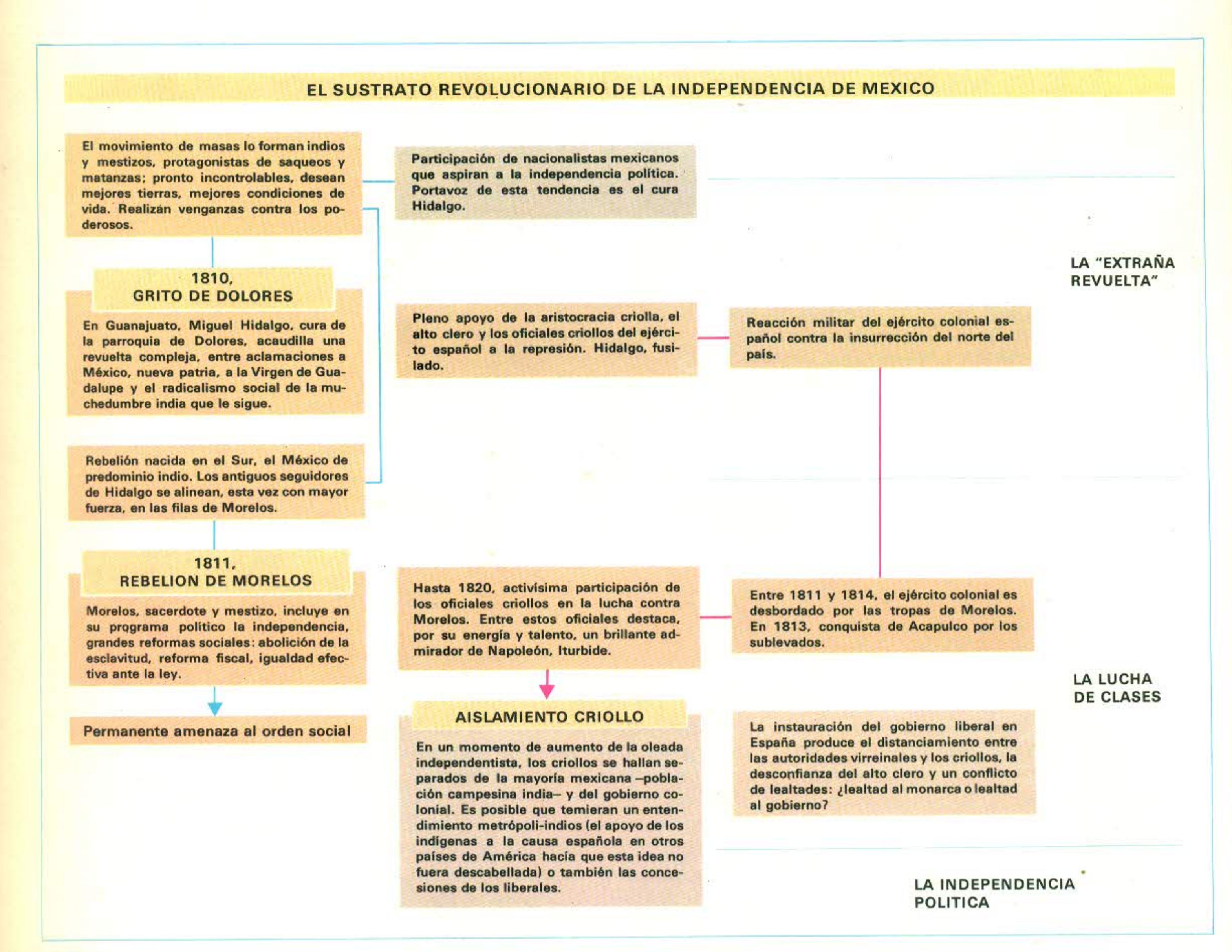
Sus causas, muy diversas, tienen distinta naturaleza. Unas radican en desajustes sociales y económicos, otras en conflictos políticos; en razones psicológicas e ideológicas, filosóficas, religiosas y culturales algunas

más, pero todas ellas guardan una íntima y estrecha conexión, se entrecruzan, ligan, irrumpen en diferentes momentos y no son en forma alguna producto único de circunstancias exclusivamente mexicanas, ni de éstas y las españolas.

Nueva España, por su organización político-administrativa, judicial y religiosa, era la dependencia más importante de España en América. Sus límites, de más de 4.156.483 km², por el Norte eran tan vastos como imprecisos y por el Sur su influencia se hacía sentir hasta Costa Rica.

Económicamente dependían de él, a través del "situado", esto es, de los fondos enviados de México, las posesiones españolas de las Antillas y las Filipinas, las cuales aprovechaban no sólo los productos de su minería e incipiente industria, sino también los frutos de su agricultura, principalmente el trigo. Nueva España, cuya riqueza fue exagerada por propios y extraños, que creyeron que su territorio era uno de los más pródigos del universo, vivía a principios del siglo XIX en un relevante auge económico. La minería gozaba de extraordinaria bonanza; la agricultura constituía uno de los ramos económicos más importantes, pese a que sus métodos de explotación, que trataban de ser renovados, y su rendimiento eran deficientes. La propiedad de la tierra estaba en manos de unos pocos; los impuestos y limitaciones eran fuertes, así como los abusos, y el crédito agrícola escaso o nulo. La industria, no obstante estar estrictamente reglamentada en provecho de la política económica del estado español, crecía poco a poco.

El comercio, limitado también por el monopolio estatal, tendió a beneficiarse a partir de las reformas de Carlos III, que le liberaron de fuertes restricciones. El comercio interior del reino, a pesar de las defectuosas vías de comunicación, era mayor que



el exterior. En este renglón, el contrabando era intenso. Veracruz, hacia el Atlántico, y Acapulco, en el Mar del Sur, constituían el eje horizontal por el que España introducía desde Europa y Asia y extraía a su vez los productos que más le interesaban, y el camino de Santa Fe, al Norte, y Guatemala, hacia el Sur, cortaba verticalmente aquel eje. En el Norte, los efectos extranjeros introducidos fraudulentamente satisfacían las necesidades de la población allí asentada. La riqueza pública hacia el año de 1810 podía calcularse, a través de los ingresos en la Real Hacienda, en cerca de veinte millones de pesos. La admiración que este auge causara aun a extraños como el barón de Humboldt contribuyó a afianzar la confianza de los criollos en las posibilidades económicas de su patria.

En lo cultural, Nueva España atravesaba una época de esplendor. La cultura criolla había llegado a su plena madurez, como lo demostró Eguiara y Eguren en su *Bibliotheca*



Don Francisco Javier de Venegas, virrey de México desde 1810 a 1813 (Museo Nacional de Historia, México). Durante estos tres años opuso la más tenaz resistencia a los movimientos independentistas.

Monumento ecuestre a Carlos IV, obra del escultor valenciano Manuel Tolsá, levantado en el Paseo de la Reforma de la ciudad de México. El movimiento de independencia mexicana se acentuó ante las noticias de los acontecimientos de España. La caída del trono en manos de Napoleón produjo en Nueva España una gran depresión y la necesidad de una autoridad absoluta.

Don Miguel Hidalgo y Costilla, por Antonio Serrano (Museo Nacional de Historia, México). El levantamiento del cura Hidalgo en 1810 pudo haber sido el fin de la dominación española en Nueva España, pero las tropas del virrey eran más fuertes que el desorganizado ejército rebelde. El propio Hidalgo fue hecho prisionero y ejecutado al año siguiente.



Mexicana. Las instituciones culturales y educativas, la mayor parte de éstas en manos de la Compañía de Jesús, habían formado sólidas generaciones dotadas de un espíritu de modernismo no sólo nacional, sino universalista, y a quienes no eran desconocidos los adelantos científicos, la renovación artística y literaria y las nuevas concepciones políticas y filosóficas.

La capital mexicana era por entonces una de las mejores ciudades de América, y tras ella estaban, plenas de vitalidad surgida de sus minas e industrias, Puebla, Guanajuato y Zacatecas, con relevantes instituciones de cultura y monumentos artísticos.

Vivía Nueva España una época de grandeza material y espiritual. Ese esplendor no armonizaba con el desajuste social originado en su composición demográfica, cuyo total de almas era de cerca de seis millones y medio. Producto de la mezcla de tres razas diversas, en estadios culturales diferentes no sólo en relación con los otros, sino entre sí, y detentanto una de ellas, la europea, el poder político y la fuerza económica, las otras dos le estaban sujetas y jerarquizadas, más en

Vista del puerto y bahía de Acapulco (México). Éste fue en la época colonial el puerto más importante de Nueva España en el Pacífico y el núcleo del comercio con Filipinas y China.

razón de su situación económica y cultural que de su procedencia racial. La sociedad era, en rigor, de tipo estamental, con poca movilidad, y en ella dábanse la mano "los que nada tienen y los que lo tienen todo". Las divisiones existentes entre los diversos grupos agravábanse en razón de la mayor fuerza que los grupos superiores adquirían.

Conjurados el optimismo de los criollos que deseaban autodeterminarse y el malestar de las clases bajas que anhelaban salir de la opresión en que vivían, varias conspiraciones y rebeliones se produjeron en Nueva España en diversas épocas, la mayor parte de ellas sin un plan coherente y como resultado inmediato de una situación de injusticia y mal trato graves. Su número en términos generales excede las doscientas. Como relevantes manifestaciones del desajuste económico-social reinante deben señalarse las huelgas y conflictos de los mineros del Real del Monte en 1766, los de San Luis Potosí en 1767 y Guanajuato y Pachuca en 1776. La introducción de la masonería en el siglo XVIII sirvió para incubar nuevas conjuras e intentos de rebelión.



Monumento conmemorativo de la victoria del ejército insurgente sobre el realista en el Monte de las Cruces el 30 de octubre de 1810.

La catedral de Puebla, México, joya de la artística ciudad poblana. Gran parte de la riqueza barroca que en ella había fue destruida por el arquitecto José Manzo y sustituida por ornamentación neoclásica de discutible valor.

LA SOCIEDAD NOVOHISPANA AL INICIARSE LA INDEPENDENCIA

Los europeos manejaban buena parte de la riqueza del país y estaban íntimamente ligados, así como numerosos criollos, a los intereses económico-políticos de la metrópoli. El comercio y la agricultura eran sus renglones predilectos. Dominaban el Real Tribunal del Consulado, mas en la minería y algunos ramos industriales también tenían fuertes intereses. Su número se aproximaba a los 80.000.

Descendientes de ellos, los criollos, que sumaban cerca de un millón, poseían en su mayor parte una mejor preparación cultural, una inteligencia más despierta, un estrecho apego a la tierra y un sentimiento intenso de nacionalidad, mas algunos de ellos tenían en su contra una inconstancia y una ostentación que disminuían aquellas cualidades. Preteridos por los europeos, mostrábanse celosos de ellos, mas cuando destacaban llegaban a ocupar puestos de alta responsabilidad. En la minería, algunos poseían cuantiosos intereses, y la propiedad territorial se la repartían con los europeos.

Los mestizos que lograban distinguirse por su cultura o fortuna seguían la suerte del padre. Los que no tenían esa oportunidad, descendían en categoría y sumábanse a los descendientes de negros y blancos o de indios y negros, que constituían las castas. Estas representaban el escalón más bajo de la sociedad. Sus posibilidades de mejoría eran escasas, y sus derechos, casi nulos. Entre ellas, la esclavitud era frecuente. Sin cultura, con una economía muy lánguida, dependían en absoluto de las clases dirigentes; mas por su carácter osado y levantisco siempre se les consideró como un peligro. Su número ascendía a más de un millón y medio. Las castas, junto con los indios aún sin mezcla, representaban el mayor porcentaje de la población, la cual se distribuía desigualmente en el territorio. El centro y el Sur estaban bastante poblados, mas había poca densidad en el Norte y en las costas, en donde predominaban los "morenos" (mulatos y negros), cuyo total se ha calculado en diez mil. Buena parte de ellos eran esclavos que laboraban en el campo o en los ingenios.

Los indios se encontraban por todo el país y su situación en general era penosa. Los que habitaban el Sur y el centro, que eran la mayoría, poseían una más fuerte coherencia social, producto de su tradición cultural y raigambre a la tierra, en tanto que los del Norte, salvo raras excepciones, eran cazadores belicosos de tendencias nómadas y sin conciencia de que formaban parte de una organización estatal única. Pese a la tutela que sobre los indígenas ejercía el estado, la pobreza de su economía era aflictiva. Habían sido despojados de la mayor parte de sus tierras y las que en común disfrutaban, mal trabajadas y bloqueadas por los latifundios particulares y eclesiásticos, no les beneficiaban plenamente.

No participaban, por otra parte, en el proceso industrial de Nueva España ni en el comercio, debido a la organización gremial existente y a sus escasos recursos. Su actividad artesanal era puramente familiar, para el consumo doméstico y local; su comercio era más bien de trueque y en él adquirían el mayor provecho los regatones e intermediarios que los explotaban. El tributo gravaba aún más su escasa economía y los fondos que sus comunidades habían podido reunir, custodiados por la Real Hacienda, fueron objeto de saqueos continuos que a título de préstamo para subvenir las reales necesidades les hacía el estado.

Confinados en uno de los estratos más bajos de la sociedad, destruida su cultura y aún no asimilada la del invasor, explotados en su capacidad de trabajo por los grupos superiores, vivían, tras aparente impasibilidad, en una actitud pesimista y dolorida que había llegado a hacer crisis. Su pesimismo contrastaba con el optimismo de los criollos, quienes pese a todas sus quejas llevaban, si no la dirección política del reino, sí la cultural. Los ascensos de muchos de los criollos a la clase dirigente, su participación en algunos renglones de la economía, comercio, industria, agricultura, minería, que les hizo adquirir la conciencia de una clase media burguesa incipiente; su número e influencia, el reconocimiento que de su valor hicieron hombres eminentes, el más tardío Humboldt, y una gran confianza –apoyada en su fe religiosa– en sus capacidades, afianzó en ellos el sentimiento de su propio valor y aun de superioridad.

E. T. V.



Columna de la Independencia, en México, según proyecto del arquitecto Rivas Mercado. El monumento fue inaugurado en 1910, celebración del centenario, y en su base, entre escenas alegóricas, figuran los principales héroes de la Independencia.

La influencia de la Ilustración europea, que penetró tamizada de sus exageraciones en la América hispana, provocó en la mente de los mexicanos fuerte conmoción. En su totalidad, la Ilustración sirvió a los americanos para aclarar sus ideas, recuperar las tesis tradicionales defensoras de la libertad que habían sido olvidadas, crearles una conciencia de progreso, de libertad, de dignidad humana y para colocarles en un plano desde el que podían tratar igualitariamente, en lo político y en lo cultural, no sólo con los espíritus esclarecidos de la Europa de esa época, sino con el estado español. La Ilustración, al propio tiempo que vivificó el es-

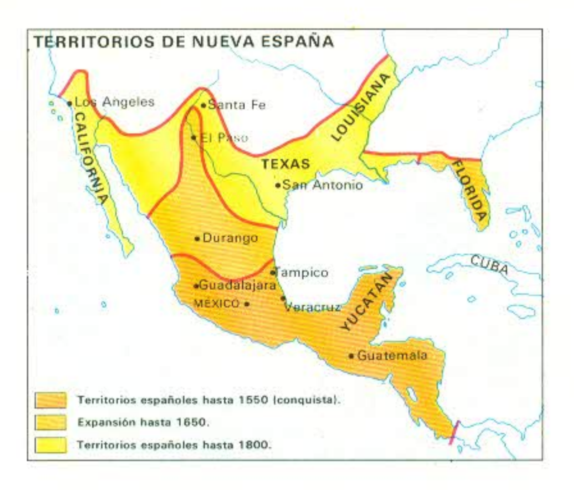
Vista de Taxco, México, con la iglesia de Santa Prisca. La ciudad, situada en la zona minera de Sierra Madre, alcanzó gran prosperidad en la época virreinal por la industria de la plata.

píritu de los americanos con las nuevas ideas, reforzó su sentimiento optimista y sus deseos de cambio de las circunstancias en que vivían.

Los acontecimientos políticos operados en el mundo a partir de 1775, entre ellos la separación de las colonias americanas de su metrópoli, la Revolución francesa y la caída de la monarquía; el ascenso de Napoleón al poder, la ocupación de España, la abdicación de sus monarcas y la guerra de Independencia del pueblo español, representaron la coyuntura, el momento oportuno, para que los mexicanos manifestasen su deseo de gobernarse por sí solos y también un ejemplo a seguir, no por simple imitación, sino en virtud de haberse formado en ellos una nueva conciencia. El anhelo de independencia de los mexicanos traducía en rigor dos finalidades: una, la de liberarse de las trabas sociales que pesaban sobre la mayor parte de la población, y otra, emanciparse políticamente. Los promotores de la emancipación deseaban un mejoramiento social y económico que afianzara el progreso



Medalla de Fernando VII acuñada por el capítulo eclesiástico de México en conmemoración de su recuperación del trono (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).



Fachada del Sagrario Metropolitano de México. En su interior destaca el altar mayor y el retablo, obra del soldado indígena Pedro Patiño Ixtolinque.

material, bajo un régimen político liberal que lo hiciera posible, régimen que ellos se darían y no se les impondría desde fuera. Emancipación política y emancipación social fueron así los móviles de la guerra de Independencia.

Si para los europeos la Declaración de los Derechos del Hombre fue la culminación de un largo proceso, para los americanos en general, y los mexicanos en particular, fue esa declaración el inicio de una larga lucha comenzada en 1810.

Ese deseo no implicaba en un principio la separación total de la corona, a la que permanecerían ligados a través del rey, sino la eliminación de los peninsulares de los puestos principales de gobierno y, por tanto, del ejercicio del poder; mas a medida que los principios se clarificaron y la lucha surgió, el rompimiento total con la metrópoli se impuso.

El año de 1808 provocó en México, como en toda América, un profundo estremecimiento. La usurpación del trono español por Napoleón y la resistencia que el pueblo mostró a tal hecho, creando Juntas que en ausencia del rey gobernaran, representaron el pretexto para que los mexicanos manifestasen sus deseos de regirse por sí mismos. El virrey Iturrigaray, que simpatizaba con los criollos, vio con buenos ojos la actitud e ideas de los miembros del Ayuntamiento, que en México, como en otras ciudades de América, catalizaron las aspiraciones de independencia. Varias Juntas, en las que se esgrimieron numerosos argumentos tradicionales mezclados con los de los enciclopedistas, preludiaron la constitución de un Congreso que hubiera llevado a México a la obtención de su independencia por medios pacíficos y parlamentarios; mas el temor que los españoles y las clases dirigentes tuvieron ante ese hecho fue grave.

Con plena conciencia de su actitud rectora, temerosos de perder el poder y usando de los recursos de fuerza que tenían a su mano, aplastaron el movimiento y aprehendieron a sus líderes, Talamantes, Verdad, Cristo, Azcárate, al virrey y a su familia. Destruido ese intento, en el que por vez primera en la historia mexicana se aplicó el sistema del golpe de estado violento, y deshecho el primer ensayo de organización y formación de un gobierno democrático, no quedó a los mexicanos que anhelaban su libertad otro recurso que el de acudir a la rebelión armada para obtener su independencia.

Con estos antecedentes se comenzó, a partir de 1808, a conspirar en Nueva España contra el orden establecido y a arbitrarse partidarios, armas y recursos para ello.



Parte central del mural de O'Gorman (Museo Nacional de Historia, México). Al empezar el siglo XIX, el descontento popular encontró su jefe en el cura Hidalgo, quien inició la revolución al grito de "Viva la Virgen de Guadalupe". No mucho después pagó con su vida el ser el primer héroe de la Independencia mexicana.

El complot de 1809 en Valladolid es el primero que se descubre y falla, mas en otras ciudades, Guanajuato, Querétaro, Dolores Hidalgo, México, se preparan conjuras para independizar a Nueva España.

Descubierta la conspiración que con pretexto de reuniones literarias se tramaba en Querétaro, toleradas por el corregidor Domínguez y su esposa Josefa Ortiz, sus dirigentes, el cura de Dolores, Miguel Hidalgo, ex rector del Colegio de San Nicolás, el capitán Ignacio Allende y el capitán Juan Aldama, en la madrugada del 16 de septiembre de 1810 se lanzaron a la rebelión. Seguidos de un grupo de soldados, de numerosos campesinos y de grandes masas de pueblo que vieron en la revuelta la oportunidad de obtener la solución a sus problemas sociales y económicos, Hidalgo y sus amigos, en luchas de masas destructoras y anárquicas, tomaron Guanajuato y de allí se dirigieron hacia México, en cuyas proximidades –el Monte de las Cruces– vencieron a fracción importante del ejército virreinal.

Sin penetrar en la capital, el ejército de Hidalgo regresó al centro del país, al tiempo que don Félix María Calleja, por órdenes del virrey, preparaba un ejército disciplinado

EL PLAN DE IGUALA: UN PROYECTO POLITICO DESTINADO AL EXITO

LA ACTUACION DE ITURBIDE

PLAN DE IGUALA (24-II-1821)

Iturbide, oficial del ejército español y con la confianza del virrey Apodaca, se dirige al sur del país con la misión de acabar con los núcleos guerrilleros aún resistentes. Durante el camino envía emisarios a Vicente Guerrero, líder independista de aquéllos, y pacta el Plan de Iguala, acuerdo entre el ejército regular y la oposición a la metrópoli.

La religión es y será la católica.	Asegura la lealtad del clero a la nueva patria y la tranquilidad de conciencia a la masa católica del país. En un momento en que España es liberal –y dada la ideología del clero 1800 casi hereje–, puede ser la solución preferida.
La Nueva España es independiente de la Antigua.	Da satisfacción a los sectores nacionalistas y patriotas, parte importante del éxito de los guerrilleros.
El gobierno será una monarquía constitucional. El monarca será designado en la persona de Fernando VII o de sus descendientes.	Evita la creación del bloque leal a España –siempre numeroso–, pues la ruptura de derecho entre ambas naciones parece no consumarse.
Todos los habitantes de México, cualquiera que sea su raza, son iguales ante la ley.	Trata de cortar la lucha entre razas y se asegura la participación indígena en la revuelta final de la Independencia.

LA POSICION ESPAÑOLA

APODACA

Desacreditado por la actuación de su hombre de confianza, un levantamiento de los oficiales leales a España depone al virrey Apodaca.

O'DONOJU

Designado virrey por el gobierno liberal O'Donojú, trae como primer encargo evitar un conflicto bélico y restablecer el entendimiento entre colonia y metrópoli.

TRATADO DE CORDOBA (24-VIII-1821)

O'Donojú, ante la unanimidad que parece respaldar el Plan de Iguala, y sin apoyos políticos ni militares, decide aceptarlo una vez se afirma la voluntad general de proclamar rey a Fernando VII.

Aspecto de la Plaza de la Independencia de la ciudad de Mérida, México, con las arcadas del palacio del Ayuntamiento. Los monumentos y lápidas conmemorativas de la Independencia y de sus héroes son muy abundantes en México, así como en toda Sudamérica.



para enfrentársele. No contuvo la atracción popular por la Independencia la excomunión lanzada como mayor castigo y última defensa por el alto clero novohispano, formado en su mayor parte por españoles. En los grupos insurgentes, constituidos principalmente por la masa rural, militaron numerosos eclesiásticos, criollos y mestizos, miembros del bajo clero cuya influencia ante el pueblo fue mayor que la de los prelados.

En Guadalajara, Hidalgo, quien había madurado un programa de transformación política, base de un estado democrático y representativo, apoyado en un pueblo ilustrado y en buena situación económica, dictó varias disposiciones de gobierno de extrema importancia, como aquellas que tendían a abolir la esclavitud, suprimir el pago del tributo y devolver a los indios tierras de cultivo que estuvieran gravadas.

Para asegurar el éxito de la revolución, Hidalgo comisionó a varios de sus partidarios: eclesiásticos, militares y civiles, para extender la revolución por todos los ámbitos del país: Mercado, Hermosillo, Morelos, y

propició la aparición de un periódico, *El Despertador Americano.* Con el fin de contar con la ayuda exterior, envió a los Estados Unidos en busca de auxilio y reconocimiento a Pascasio Ortiz de Letona y al licenciado Ignacio Aldama.

Sin un ejército organizado, los insurgentes fueron derrotados en pocos meses por las disciplinadas fuerzas virreinales. A sus cabecillas, hechos prisioneros en las Norias de Baján, se les ejecutó en julio de 1811 en Chihuaha. Su muerte no logró dar fin a la insurrección. Sus seguidores habían logrado extenderla.

El movimiento de Hidalgo, a más de mostrar a los mexicanos el camino para lograr la independencia, hizo surgir en ellos la idea de patria. Antes de septiembre de 1810 no existía la patria mexicana; es a partir de ese momento cuando se empezará a luchar por ella.



Don Juan O'Donojú, el último virrey de México (Museo Nacional de Historia, México). Nadie más apropiado que O'Donojú para poner fin con dignidad a la dominación española en México. Convencido del fin natural del virreinato, pactó con Iturbide, reconoció el plan de Iguala y murió poco después en 1821.

Vista general de Puebla, ciudad mexicana que guarda en sus edificaciones numerosos recuerdos de la época colonial. Destaca sobre todo el gran número de iglesias, todas ellas artísticamente ornamentadas.



Ejecución del general Morelos en San Cristóbal de Ecatepec el 22 de diciembre de 1815 (grabado del Museo Nacional de México). Tras proclamar la Independencia en el Congreso Nacional de 1813, cayó prisionero en Tezmalaca y fue ejecutado.

Don Ignacio López Rayán y don José María Morelos fueron, a la muerte de Hidalgo, los principales dirigentes. Rayón trató de asegurar la ayuda exterior y de dar al país que surgía una organización política. Morelos, militar y estadista genial, comprendió mejor que ninguno de los caudillos los problemas de México. Formó un ejército bien disciplinado con el que recorrió de triunfo en triunfo el centro y sur del territorio. Rancheros acomodados, con gran influencia en el campo, fueron sus lugartenientes: tales los Galeana, los Bravo, Guerrero.

Planeó con visión la organización del país, apoyado en destacados hombres de estudio, clérigos y abogados: Cos, Verduzco, Quintana Roo, Carlos María Bustamante,

DE LA SUBLEVACION DE ITURBIDE AL PRIMER IMPERIO: EL FRACASO DE LAS SOLUCIONES ESPAÑOLAS

	METROPOLI	AUTORIDADES VIRREINALES	NACIONALISTAS MEXICANOS
Febrero 1821			Plan de Iguala.
Mayo	Se conoce en España el levantamiento de Iturbide.	Destitución de Apodaca.	↓
Julio-agosto	Las Cortes encomiendan al conde de Toreno una comisión: buscar una fórmula política para contentar los deseos de independencia americana.	Nombramiento de un nuevo virrey: O'Donojú, ahora "jefe político superior".	CONSOLIDACION
Septiembre		Tratado de Córdoba.	
		Creación de una Junta Provisional Gubernativa de 38 miembros con representación de todos los partidos y de las autoridades españolas.	
		Se nombra una Regencia, en tanto no haya proclamación de monarca. Forman parte de ella O'Donojú e Iturbide.	
Enero 1822	Se da a conocer el tratado de Córdoba. Las ideas liberales de Toreno y su comisión –reinos autónomos y vasallos para los americanos, bajo la dinastía española–, desplazadas.		
Febrero	El último proyecto Toreno: anulación del tratado de Córdoba; proclamación de la plena soberanía española sobre México.	Se abre el Congreso Constituyente: ¿dar validez al proyecto Plan de Iguala-tratado de Córdoba?	
Mayo		Conocida la postura española, el Congreso declara la plena independencia mexicana y prescinde de la dinastía borbónica como firme candidata al Imperio de México. Proclamación de Agustín I, Iturbide.	

con quienes sentó las bases de una nación independiente, regulada por instituciones democráticas. Observó la desigualdad social existente y dictó notables medidas para resolverla. Cortó de base la aparición de conflictos sociales; admitió la influencia del periodismo como medio de divulgar sus principios; buscó el apoyo exterior para asegurarse el triunfo; dictó sanas medidas para el arreglo de la Hacienda Pública y comprendió mejor que nadie la naturaleza americana de la Independencia, naturaleza apoyada en un movimiento universal de transformación social y política.

Durante su periodo, la guerra de Independencia alcanzó su mayor extensión y fuerza. La lucha en ocasiones fue cruel y sangrienta por ambos bandos, aun cuando hubo loables intentos, como los de Cos y Bustamante, para humanizarla.

Sacrificado Morelos en el año de 1815, el movimiento de insurrección se debilitó al faltarle la cohesión y la dirección necesarias; sin embargo, algunos jefes, Pedro Moreno, el padre Torres, en el centro, y Guerrero, Bravo y Victoria, en el Sur, mantuvieron el fuego de la insurrección heroicamente.

El año de 1817 significa el ingreso en la guerra de nuevos elementos. Francisco Javier Mina, guerrillero español, quien luchó contra Napoleón y el absolutismo de Fernando VII, organizó una expedición en Londres para combatir contra su monarca en tierras mexicanas. El deseo de ver triunfar

Catedral de San Luis Potosí, México.





Parte derecha del mural de la Independencia, por O'Gorman (Museo Nacional de Historia, México). Al cabo de tres años de guerra, un congreso de Nueva España, reunido en Chilpancingo el 13 de septiembre de 1813, declaró la independencia del país. En primer término, Morelos mostrando uno de sus escritos.

sus ideas liberales le impulsó a dar la batalla contra el absolutismo en cualquier territorio perteneciente a España. Apoyado por los intereses ingleses principalmente y algunos norteamericanos, así como por la masonería, que prohijaba la independencia americana, ingresa en el país acompañado de numerosos extranjeros en una campaña relámpago en la que, tras sonados triunfos, fue fusilado. Su presencia hizo que algunos de los antiguos cabecillas renovaran sus ideales y se pusieran en pie de lucha.

El derrumbe del absolutismo español y la vuelta a la Constitución liberal de 1812, ocurridos en el año de 1820, provocaron en los grupos ultraconservadores de Nueva España, clero y grandes propietarios, graves temores. Los sucesos ocurridos en España, que les preocuparon intensamente, les llevaron a pensar que no era posible ni conveniente seguir a la metrópoli en su política liberal, siendo preferible conservar a Nueva España dentro de los viejos cánones políticos y económicos, lo cual les aseguraba el predominio en el poder y la continuidad en la dirección de la vida política y económica de México. Antes de volver al sistema liberal, combatido también ferozmente por ciertos grupos españoles, resultaba mejor independizarse de España.

Movidos por esta idea, los hombres que en 1808 habían derrocado a Iturrigaray y sacrificado a los criollos que deseaban su autonomía, en 1821 pensaron separarse de Es-



Palacio municipal de Veracruz, México, en el Zócalo. La mezcla de construcciones antiguas con las modernas dan a la ciudad el típico aspecto de todas las poblaciones que han sufrido un gran desarrollo en los tiempos modernos después de haber pasado por épocas de celebridad histórica.

paña. Don Agustín de Iturbide, que había combatido con rigor a los insurgentes, fue el instrumento de las clases conservadoras; mas Iturbide, osado militar y hábil político, no se plegó a ser un instrumento ciego de sus patrocinadores. Con gran audacia convenció a Guerrero, el jefe insurgente que defendía la libertad en el Sur, para sumarse al Plan de Iguala y conseguir la independencia, manteniendo la unidad religiosa y la unidad de españoles y mexicanos, esto es, de criollos y peninsulares, quienes permanecerían en el país con toda suerte de derechos y garantías. Cohonestaba así el deseo de las clases dominantes de conservar sus privilegios y el anhelo del pueblo mexicano: obtener su libertad.

En dicho Plan se estableció la monarquía como forma de gobierno. Vendría a ocupar el trono Fernando VII u otro miembro de su dinastía, para que al hallarse con "un monarca ya hecho" se precavieran "los atentados de ambición". Una Junta Gubernativa y posteriormente un Congreso representarían el poder supremo, en manos del virrey hasta que fuera coronado el monarca.

Iturbide actuó con inteligente diligencia apoyado en las clases conservadoras, engañó al virrey, quien le confió fuerzas para combatir a los restos de insurgentes, y atrajo a su partido a la alta oficialidad española y criolla que había combatido a la independencia: Santa Anna y Anastasio Bustamante, entre otros.

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Al final de la guerra insurgente, la economía novohispana había sufrido sensibles mutaciones. La minería resultó afectada por la lucha al ser abandonadas, inundadas y destruidas muchas minas, y sus trabajadores y especialistas dispersados. Los capitales se ahuyentaron y el atraso técnico que se produjo, en comparación con otros países, resultó altamente perjudicial.

El centro y sur del país, en donde la agricultura encontraba sus mejores campos, sufrieron con los movimientos de población, más los cultivos desarrollados en gran escala que las pequeñas siembras dedicadas a la producción de granos indispensables para el sustento popular.

El comercio mexicano resultó lesionado. México cesó de exportar sus productos a las Antillas y su puesto fue ocupado por los norteamericanos. En el país se sustituyó el ingreso de mercaderías a través de España por el comercio yanqui, que empezó a hacer suyos, junto con Inglaterra, los mercados hispanoamericanos.

En 1815 llegó el último galeón de Filipinas a Acapulco. La guerra de Independencia puso fin al cambio de plata mexicana por sedas, porcelanas, bronces y especias de Asia, y principalmente a la prosecución de relaciones políticas y culturales con los países asiáticos. El comercio interior paralizóse un tanto con la guerra, mas después se recobró, de acuerdo con las nuevas posibilidades.

La riqueza pública sufrió una merma de más de la mitad; así, los ingresos de la República fueron menores de diez millones de pesos, lo que provocó un estado deficitario que día a día se agravó, por lo que el estado tuvo que recurrir a préstamos forzosos impuestos a nacionales, extranjeros y al clero, así como a empréstitos exteriores. El capital español se fugó hacia los bancos europeos, mas algunos criollos aumentaron su fortuna con el comercio y la actividad industrial.

La guerra de Independencia provocó el aumento de la movilidad social. Un sentimiento vivo de justicia social, que cristalizó en la mente de notables patriotas, comenzando con Hidalgo y Morelos, se mantuvo firme y luchó sin denuedo en contra de viejas ideas e instituciones para lograr transformar al país, esgrimiendo como armas principales la mejor distribución de la tierra y las reformas educativas.

Al quedar abolida la esclavitud, los negros esclavos adquirieron mejores posibilidades de vida. Las clases bajas, si bien no resolvieron del todo sus problemas al malograrse algunos de los principios revolucionarios, sí modificaron su situación. Al indígena se le comenzaron a aplicar las ideas individualistas del liberalismo a través de nuevas normas legales.

Las masas populares que militaron en las filas de la insurgencia se sintieron un tanto defraudadas con los principios fundamentales del régimen político social instaurado por el grupo criollo, principalmente a partir del Plan de Iguala, mediante el cual las clases dirigentes, de clara formación europea, conservaron la hegemonía; y la idea de una mejor repartición de la riqueza, de un cambio de estructura, que a tantos había impulsado a sumarse al movimiento insurgente, quedó así latente entre los grupos más desheredados.

Durante la guerra de Independencia se efectuaron embrionariamente, y como consecuencia de ella, numerosos cambios económico-sociales característicos del siglo XIX. La lucha insurgente no sólo inició la transformación de las instituciones políticas, sino que fue la base de un cambio total en la vida de la sociedad mexicana, a la cual los próceres del movimiento desearon perfeccionar y moralizar.

Los extranjeros pudieron penetrar con mayor libertad en el país, establecerse en él, influir en las costumbres y modo de ser de los mexicanos, casarse con nacionales y ampliar así la configuración de la sociedad, la cual recibió también en su seno a los miembros de la milicia nacional que antes figuraban como segundones frente a los oficiales peninsulares. El estado eclesiástico dejó, por otra parte, al abrirse nuevas posibilidades profesionales y de vida a la juventud, de ser un atractivo para muchos.

La guerra, que en ocasiones fue cruel, destruyó muchas instituciones y principios tradicionales, mezcla de lo indígena y lo español que había constituido norma de vida del país durante largos años. Muchos de ellos no fueron sustituidos. En su lugar, en ocasiones, fueron impuestos otros de raíces extrañas.

México, que se sentía parte de un conjunto de provincias unidas a su metrópoli, al separarse de ésta, va a quedar también aislado de sus hermanas y a iniciar su vida independiente sólo y desamparado frente a muy poderosos enemigos.

En tanto que los mexicanos luchaban por obtener su independencia, España, presionada por los Estados Unidos, que iniciaban su política de expansión, celebraba el 22 de febrero de 1819, mediante su embajador Luis de Onís y el ministro americano Adams, un tratado que fijó los límites de los Estados Unidos y Nueva España hasta el río Sabinas y de ahí al Norte hasta el grado 32 de latitud, para proseguir hasta el río Rojo en Natchitóchez, continuar al Oeste hasta el grado 100 de longitud, de ahí al Norte hasta el río Arkansas, luego hasta el grado 42 de latitud y de ahí al Pacífico. De esa suerte, México al consumar su independencia se encontró con que su territorio, antes ilimitado, se había precisado, en beneficio del vecino país.

La lealtad tradicional al monarca, que era el vínculo más fuerte de unión entre la sociedad novohispana, quedó aniquilada. Las pasiones y la codicia por el poder se despertaron y, sin una tradición política firme, el país se lanzó a experimentar diversas formas de organización y de gobierno no siempre acertadas.

Pese a los inconvenientes que una guerra presenta y a sus efectos no siempre positivos, México alcanzó con su guerra insurgente la autonomía política deseada, sentó las bases de su transformación económico-social y entró por su propio derecho en el concierto de las naciones, en el cual, desde sus inicios, ha ocupado una posición digna.

E. T. V.

Con su ejército, después de cortas acciones militares, obtuvo el dominio del país al tiempo que arribaba el nuevo virrey, don Juan O'Donojú. Este español liberal, con ambiciones y político realista, comprendió que una campaña militar contra los mexicanos decididos a darse la libertad sería estéril y costosa, por lo que prefirió entrar en arreglos con Iturbide.

En Córdoba, en el año de 1821, Iturbide celebró con O'Donojú un tratado en el cual se reprodujeron los principios esenciales del Plan de Iguala, mas al referirse a los candidatos al trono se dejó la puerta abierta para que los mexicanos pudiesen elegir otro que no perteneciera a la familia real. Para que rigiese al país en tanto se consolidaba el poder se creó la Junta Provisional Gubernativa.

El pacto celebrado en Córdoba por O'Donojú, quien no estaba autorizado para concluirlo, así como el firmado el 13 de septiembre en La Patera entre Iturbide, O'Donojú y Novella, quien ejercía el poder político y militar en México, y mediante el cual se reconoció a O'Donojú como virrey en tanto el

país se constituía definitivamente, de acuerdo con el Plan de Iguala y tratados de Córdoba, fueron los últimos actos relevantes que dieron fin a la guera de Independencia. Aun cuando el estado español no convalidó, sino que desconoció de plano dichos tratados, la Independencia mexicana se había, de hecho, conseguido con ellos.

La actitud política española cercana a ese momento era un tanto favorable a la emancipación. En las Cortes dejóse oír la voz de autonomía para las colonias, mas después de la acción de O'Donojú, tornóse contraria.

La entrada que el ejército trigarante hizo con toda solemnidad en la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, en el que iban mezclados los grupos españoles en lugar preferente con los restos de los antiguos insurgentes, marcó el fin de la lucha de independencia. Al consumarse la emancipación terminó este período que marca el principio de la vida nacional mexicana y el fin de una larga etapa de sujeción y dominio político por parte de España.



Los años de lucha por la independencia mexicana lograron la sustitución de las autoridades hispanas por las indígenas. El emperador Iturbide fue el primer mexicano con poder real no recibido de España.

"Las vendedoras de horchata", cuadro de Agustín Arrieta (Museo Nacional de Historia, México), en el que pueden apreciarse tipos populares de mediados del siglo XIX.

BIBLIOGRAFIA

Alamán, L.	*Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año 1808 hasta la época presente,* México, 1942.
Bustamante, C. M. de	*Cuadro histórico de la revolución de la América Mexica-Mexicana, comenzada en quince de septiembre de mil ochocientos diez por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla* (5 vols.), México, 1827.
Castillo Ledón, L.	*Hidalgo, la vida del Héroe,* México, 1949.
García, G.	*Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México* (7 vols.), México, 1910.
González Obregón, L.	*Precursores de la Independencia Mexicana en el siglo XVI,* México, 1906.
Guerra, J. (fray Servando Teresa de Mier)	*Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac. Verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813* (2 vols.), México, 1921.
Guzmán y Raz Guzmán, J.	*Bibliografía de la Independencia de México* (2 vols.), México, 1938.
Hernández y Dávalos (J. E.)	*Colección de documentos para la Historia de la guerra de la Independencia de México de 1808 a 1821* (6 vols.), México, 1877.
Lafuente Ferrari, E.	*El virrey Iturrigaray y los orígenes de la Independencia de México,* Madrid, 1941.
Miguel I. Verges, J. M.	*La Independencia mexicana y la Prensa insurgente,* México, 1941.
Mora, J. M. L.	*Méjico y sus revoluciones,* París, 1836.
Robertson, W. S.	*Iturbide of Mexico,* Durham, 1952.
Rydjord, J.	*Foreign interest in the Independence of New Spain. An introduction to the war of Independence,* Durham, 1935.
Sprague, W. F.	*Vicente Guerrero, Mexican Liberator. A Study in Patriotism,* Chicago, 1939.
Teja Zabre, A.	*Vida de Morelos,* México, 1959.
Torre Villar, E. de la	*La Constitución de Apatzingan y los creadores del Estado Mexicano,* México, 1964. *—Los Guadalupes y la Independencia. Con una selección de documentos inéditos,* México, 1966.
Villoro, L.	*La Revolución de la Independencia. Ensayo de interpretación histórica,* México, 1953.
Zavala, L.	*Ensayo histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* (2 vols.), México, 1918 (3.ª ed.).



El Fuerte de San Juan de Ulúa, en la ciudad de Veracruz, levantado por los españoles para defender la bahía de la ciudad, demasiado abierta y mal defendida.

La ilustración de este tomo se debe a: Andi (Milán), Archivo Edistudio (Barcelona), Biblioteca Nacional (Madrid), Biblioteca Nacional (París), Ciccione (París), Cli-Salmer, Galería de Arte (Dresde), Gil Carles (Valencia), Giraudon (París), IGDA (Milán), Kupferstichkabinett (Dresde), Llorca (Barcelona), Mairani (Milán), A. Martín (Barcelona), F. A. Mella (Milán), Museo Carnavalet (París), Museo de La Haya, Museo de Versalles (París), Museo del Ejército (París), Museo del Louvre (París), Museo Marítimo Nacional (Londres), National Portrait Gallery (Londres), Novosti (París), Olavarrieta (Barcelona), Oronoz (Madrid), Pedicini (Nápoles), Perceval (París), Reales Museos de Bellas Artes (Bruselas), Rijksmuseum (Amsterdam), Royal Society (Londres), Salmer (Barcelona), Salmer-Tessore, Scala (Florencia), Scala-Salmer, S.E.F. (Turín), S.E.F.-Salmer, Titus (Turín), Universidad de Yale, Zardoya (Barcelona).